

§ IX.—Los historiadores griegos.

N.º 1.—Polibio.

Polibio pasó una parte de su vida en Roma. El espectáculo de la Ciudad Eterna extendiendo su dominación por todas las partes de la tierra llamó la atención del espíritu observador del Griego; concibió la idea de escribir una historia universal. Polibio es el primer historiador (1) que ha abrazado en su pensamiento los destinos del género humano (2). La influencia de Roma sobre este designio es evidente. En tanto que los pueblos estaban separados como por barreras infranqueables, no podía nacer la idea de una historia general. Llevando su ambición sobre el mundo entero, Roma debía dar también más extensión á las concepciones de los historiadores. Polibio es el representante del cosmopolitismo, que se manifestaba ya desde el tiempo de los Scipiones. El escritor griego tiene conciencia de su obra, le gusta hablar de las ventajas que la historia universal tiene sobre las historias particulares: la historia general, dice, es la única que da á conocer el encadenamiento de los hechos, sus causas y sus consecuencias (3). Esta manera de considerar los sucesos ejerció una acción favorable sobre el espíritu del historiador; le sugirió nuevas consideraciones sobre el derecho de gentes, que en vano se buscarían entre los escritores clásicos de la Grecia.

La guerra es el hecho dominante de la antigüedad. En nuestro siglo, razonador y crítico, el historiador filósofo se pregunta ante todo cuál es el objeto de la guerra. Los escritores antiguos no se han preocupado de esta idea. Polibio es el primero que indaga

(1) «No faltan historiadores, dice Polibio, que se alaban de tratar en sus escritos de las cosas griegas y bárbaras; pero si se exceptúa á Eforo, ceden todos á un espíritu de jactancia natural á los Helenos; no merecen ni aún que se los mencione» (POLYB., v, 33, 1, 2, 5, 8).

(2) POLYB., I, 4, 1-4.

(3) IBID., I, 4, 6-11; III, 32, 5-10.

cuál debe ser el fin de la victoria, y responde como lo haría Grocio, que no es la destrucción del enemigo, sino la reparación de la injuria (1). No echó de ver quizás la importancia de este principio, que contenía en germen toda una revolución en el derecho de guerra. Sin embargo, se entreve en sus escritos la humanidad que reemplaza á la barbarie antigua. Dice «que el vencedor no debe confundir al inocente con el culpable, sino perdonar á los culpables en gracia á los inocentes» (2). Estas palabras debían parecer extrañas á los Griegos y Romanos, pues anuncian el reinado del derecho, mientras que la fuerza dominaba entre los antiguos. Polibio quiere que un enemigo generoso tenga la ambición de vencer con la justicia más bien que con las armas: «Si los vencidos ceden á la generosidad, su sumisión será más duradera que cuando sufren la ley de la fuerza, y no costará sacrificio alguno al vencedor. Cuando decide la suerte de las armas, se debe la victoria al valor de los soldados; cuando es la justicia la que triunfa, el honor pertenece por completo á los que están al frente de los negocios» (3). Como se ve, Polibio mezcla consideraciones de gloria y de política con sus sentimientos de humanidad; aunque bajo cierto aspecto participa de las pasiones de su edad, merece tanta más admiración cuanto que se eleva por cima de sus contemporáneos, por cima de la antigüedad toda entera.

¿Cuál es la medida de los derechos de la guerra? A esta cuestión responde el mundo antiguo por boca de Breno: «¡Ay de los vencidos!» Esta ausencia del derecho y de la justicia se descubre aún en Polibio cuando dice que «las leyes de la guerra permiten hacer todo lo que es útil al vencedor ó perjudicial al enemigo» (4). El interés es débil garantía contra los abusos de la fuerza; el historiador griego lo conoce, y se apresura á poner restricciones á esta regla. Desde luego quiere que el enemigo conser-

(1) POLYB., v, 11, 5.

(2) IBID. ib.—En otra parte (XVIII, 20, 7) dice «que es permitido á los enemigos encarnizarse y llenarse de furor en el calor del combate; pero que despues de la victoria deben ser moderados, dulces y humanos.»

(3) IBID., v, 12, 2-4.

(4) IBID., v, 11, 3.

ve las cosas sagradas (1): tal es el primer grito de humanidad que el mundo antiguo hizo oír respecto de los templos. Polibio va más lejos. Destruir los árboles y los edificios era un hecho habitual de las antiguas guerras; el historiador declara inhumana y aún impolítica esta costumbre: «Los que obran así, dice, creen aterrar á sus enemigos devastando sus campos; pero, quitando á los hombres las cosas necesarias á la vida, ya para el presente, ya para el porvenir, los exasperan hasta el último grado y hacen implacables los odios. Cada exceso provocará nuevos excesos» (2).

Nada parece más natural, ni más justo á primera vista, que las represalias. Polibio hace una crítica notable de esta ley internacional que se ha perpetuado á través de los siglos: «Debe juzgarse del mérito de las acciones por sí mismas; si la destrucción de los templos es una impiedad, ¿será cosa justa, porque otros se hayan manchado con el mismo crimen?» Los Etolios quemaron y saquearon los templos. En represalia, Filipo de Macedonia destruyó los templos de la Etolia. Creía esta acción conforme á la justicia. Sin embargo, dice *Polibio*, acusaba á los Etolios de impíos: no veía que igual censura le alcanzaba. «¡Por que no seguía el ejemplo de sus antepasados! exclama el historiador griego. Filipo trató con humanidad á los Atenienses vencidos en Queronea. Alejandro, en medio de su cólera y de la embriaguez de la victoria, prohibió se profanasen los templos y las cosas sagradas en Tébas; respetó los santuarios de los dioses entre los Persas, sin cuidarse de usar de represalias por los atentados de los bárbaros en la Grecia. Siguiendo sus huellas, el rey hubiera alcanzado la más bella de las victorias, la que dan la justicia y la humanidad» (3).

Polibio se queja de que la astucia y el fraude se honren más que el valor. Opone á los usos de su siglo las heroicas costumbres de los tiempos antiguos: «Entonces no luchaban los enemigos por medio de pérfidas maquinaciones, sino abiertamente y cuerpo á cuerpo; llegaban á indicar hasta el día y el lugar del combate» (4).

(1) POLYB., v, 11, 4: «Destruir los templos y las estatuas de los dioses, es obra de hombres á quienes domina el furor.»

(2) IBID., xxv, 2, 3.

(3) IBID., v, 9-12.

(4) IBID., xiii, 3.

Las partes beligerantes deben cumplir sus compromisos con la más escrupulosa fidelidad, cualesquiera que sean los peligros á que las exponga la buena fe: «En los negocios públicos, como en las relaciones privadas, es necesario colocar el deber por cima de todas las consideraciones» (1).

Tales son las reglas que Polibio traza sobre el derecho de la guerra; valen más que el principio de que parte. Por mejor decir, el interés, la utilidad, no es un principio; porque ¿cómo se definen los límites de lo que es útil? Los Romanos creyeron útil no observar el convenio de las Horcas Caudinas; creyeron útil destruir á Cartago, Numancia y Corinto. ¿Quiere esto decir que la perfidia es legítima en cuanto es provechosa? ¿Quiero esto decir que el vencedor puede permitírsele todo, sólo porque el abuso de la fuerza le parezca ventajoso? Nada hay que el interés no legitime, al paso que hay circunstancias tales en que debe sacrificarse todo, aún la vida, á la voz del deber. La noción del derecho y del deber es el único fundamento de la moral individual y de la moral social.

La antigüedad comenzaba á preocuparse con la gran cuestión de la paz. La paz tenía sus partidarios; un historiador célebre, *Tímeo*, se hizo órgano de esta opinión en un discurso que atribuye á uno de sus personajes. A juzgar por el resumen que Polibio nos ha conservado, el escritor griego no se mantiene á la altura de su asunto. «Los héroes, los dioses y los poetas, dice el orador, están animados de sentimientos pacíficos. Hércules, fundando los juegos olímpicos, estableció una tregua de la guerra. Júpiter se irrita en la Iliada contra el dios de los combates, y le dirige violentas censuras. Homero y Eurípides hacen votos por la paz. La guerra, continúa *Tímeo*, se parece más á la enfermedad, la paz á la salud; ésta restablece á los enfermos, mientras aquélla arrebatá á los que gozan de buena salud. Durante la paz, los viejos son sepultados por los jóvenes conforme á la ley de la naturaleza; durante la guerra, los padres entierran á sus hijos. El mayor de todos los males de la guerra es que no se goza de seguridad aún detras de los muros de las ciudades, mientras que la paz hace reinar por

(1) POLYB., iv, 30, 1-4: ἀλλὰ μοι δοκοῦσιν οἱ γνήσιοι τῶν ἀνδρῶν, καὶ κοινῇ, καὶ κατ' ἄλου, οὐδέποτε περὶ πλείονο; οὐδέν ποιῆσθαι τοῦ καθήκοντος.

todas partes la tranquilidad. En tiempo de guerra nos despierta el sonido de las trompetas; durante la paz el canto del gallo» (1). Timeo ha tomado de los poetas y de Herodoto algunos bellos pensamientos sobre la paz; pero mezclándolos con sentimientos vulgares, ha hecho de su panegírico una obra ridícula.

Las ideas de Polibio son más exactas y más levantadas. Dice que no hay guerra que no sea funesta á los que la hacen. «De todos los bienes, el único que nadie vacila en considerar como tal es la paz; todos rogamos á los dioses que nos la concedan, nada hay que no soportemos por obtenerla» (2). Polibio hace votos porque el beneficio de la paz se extienda á la Grecia entera. El sentimiento que le anima es el amor de la libertad y no un bajo deseo de reposo. El historiador griego no es partidario de la paz á toda costa: «Que la guerra sea de temer, no lo niego; pero no se debe temerla hasta el punto de someterse á todo para evitarla. ¿A qué hablar, en efecto, de igualdad, de libertad, si nada hay que pongamos por cima de la paz?... *Así como no hay nada más bello ni más ventajoso que una paz justa y honrada, tampoco hay nada más vergonzoso ni más funesto que una paz deshonorada por la cobardía ó la esclavitud*» (3). Si Polibio desea que la paz reine entre los Griegos, es para que reunidos puedan defender su independencia contra los Bárbaros. Era más bien un doloroso pesar que el historiador dejaba escapar de su alma, que una dulce esperanza. La desesperacion del patriota estalla en la amarga burla con que termina la exhortacion á la paz que pone en boca de Agelaus: «Si la nube que nos amenaza del lado del Occidente llega á romperse sobre la Grecia, me temo que estas treguas y estas guerras y todos estos enredos que traemos ahora entre nosotros tengan un fin, y hasta tal punto se nos prive de nuestra libertad, que hemos de desear como el mayor beneficio de los dioses, tener el derecho de terminar nuestras contiendas como podamos» (4). El desgraciado Polibio fué testigo de la ruina de su patria.

1) POLYB., XII, 26.

(2) IBID., XI, 5, 7; IV, 73, 3.

(3) IBID., IV, 31, 3-8.

(4) IBID., V, 104, 1, 10, 11.

Polibio muestra en sus apreciaciones históricas la misma superioridad que en las ideas generales sobre el derecho de gentes. Conocida es la predileccion de Platon y de Jenofonte por las cosas y los hombres de Esparta. El tiempo puso de manifiesto los vicios de la legislacion de Licurgo. Polibio emite sobre estas leyes y el pueblo que ellas han formado, un juicio que la Filosofia de la historia no desechará: «Las instituciones lacedemonias, excelentes para defender la patria y la libertad, fueron insuficientes cuando Esparta quiso extender su imperio más allá de los límites de la Laconia; entónces se dejaron sentir los defectos de una constitucion antisocial: la barbarie, la perfidia, el egoismo señalaron la dominacion de Esparta. ¿Quién no sabe que los Espartanos fueron los primeros de todos los griegos que, inflamados por el deseo de apoderarse de las tierras de otro, hicieron la guerra á los Mesenios con el fin codicioso de vender á los vencidos como esclavos? Después que llegaron á la heguemonía demolieron los muros de Atenas y agobiaron á los Griegos con exacciones. Phœbidas, su general, ocupó la ciudadela de Tébas por medio del fraude y de la traicion; ¿qué hicieron los Espartanos? Castigaron al autor de la perfidia y conservaron la ciudadela. ¡Es el escarnio de la justicia el castigar al culpable y hacerse cómplice de su crimen, explotándolo! (1) ¿Ejercieron, al ménos, su dura dominacion en interes general? Hicieron traicion á los Griegos en la vergonzosa paz de Antalcidas, á fin de mantener su odioso imperio» (2).

A la heguemonía de Lacedemonia reemplazó la de Tébas, que fué de corta duracion. Sólo bajo el gobierno de Alejandro encontró la Grecia la unidad y la fuerza, pero en cambio perdió su libertad. Esta es la razon por la que los patriotas persiguieron con sus maldiciones al héroe macedónico. Polibio toma su defensa. Ve en él el campeón de la Grecia contra los Bárbaros. «¿Cual era esta independencia de que Alejandro privó á los Griegos? Estaban todos á sueldo de los Bárbaros; los Persas compraban unas veces á los Atenenses, otras á los Espartanos y á los Tebanos; les armaban á los unos contra los otros y asistian al espectáculo de sus

(1) POLYB., IV, 27, 4.

(2) IBID., VI, 50, 2, 3; XXXVIII, 16, 5; VI, 49, 3-5.

luchas como si presidieran juegos. ¿Quién ha libertado á los Helenos de la vergonzosa dominacion del oro persa? Alejandro» (1).

El imperio de los reyes de Macedonia se hundió tan pronto como se puso en contacto con Roma. Cuando echamos de ménos la libertad de la Grecia, nos olvidamos de que los Griegos de Filipo no eran ya los Griegos de Leonidas y de Temístocles. Si la fortuna de Roma triunfó de ella, no fué á expensas de la civilizacion. Sin embargo, Polibio se engaña al alabar la grandeza de alma y la humanidad de los Romanos (2). Se explica la ilusion del juicioso historiador. Juzgamos al pueblo rey con severidad, porque nuestro punto de vista moral es superior al de los antiguos. Polibio no tenía otro punto de comparacion que la Grecia, y este paralelo era ventajoso á Roma. Las virtudes públicas de los Romanos previnieron al historiador griego en su favor, y su asombroso éxito sedujo su espíritu amigo de las grandes cosas; se elevó por cima de las rivalidades nacionales para admirar este espectáculo.

Sin embargo, no es verdad, como se ha dicho, que Polibio esté siempre por los vencedores en contra de los vencidos (3). La censura es evidentemente falsa en lo que concierne á la historia griega: reprobando la hegemonía de Esparta, Polibio se declara por los vencidos contra los vencedores. La acusacion no tiene más fundamento en cuanto se aplica á las cosas romanas. Aunque amigo de Escipion, no economiza el vituperio á los Romanos cuando su conducta le parece reprobable. Hemos dicho que la ambicion del Senado encendió la primera guerra púnica. El historiador griego le censura por haber admitido á los Mamertinos en su amistad, por haber protegido en Mesina los mismos crímenes y casi á los mismos hombres que habia castigado ruidosamente en Regio (4). Despues de la toma de Siracusa, el vencedor llevó las estatuas y las cosas preciosas para adornar la ciudad de Roma.

(1) POLYB., IX, 34, 1-3.

(2) IBID., XXVI, 3, 11: Ῥωμαῖοι, ὄντες ἀνθρώποι καὶ ψυχῇ χρώμενοι λαμπρῶ καὶ προαιρέσει καλῇ, πάντα μεν εἰσοῦσι τοῦ ἐπτακίτου, καὶ πᾶσι πειρῶνται χαρίζεσθαι τοῖς καταρέγουσιν εἰς αὐτούς.

(3) MICHELET, *Historia de la República romana*, II, 7.

(4) POLYB., III, 26, 6.

Plutarco alaba con este motivo el gusto de Marcelo por las artes. Tito Livio siente con los antiguos Romanos la invasion de las artes de la Grecia; pero no tiene duda alguna sobre la legitimidad de los despojos arrebatados á los enemigos por el derecho de la guerra (1). Polibio es el único que juzga con severidad esta expropiacion. Las altas consideraciones á que se eleva hubieran sido dignas de la atencion del gran conquistador de nuestro siglo, que imitó al pueblo rey arrebatando á los vencidos obras maestras de todo género para hacer de su capital el centro de la civilizacion: «Los tesoros del Universo acumulados en una ciudad recuerdan á los vencidos sus derrotas; de aquí nacen no solamente la envidia, sino la cólera y el deseo de la venganza. Nos parece que los Romanos hubieran procurado mayor gloria á su patria adornándola, no con cuadros y estatuas, sino con la gravedad de las costumbres y con la grandeza de alma.» Polibio añade que hace estas reflexiones para todos los conquistadores: «que se guarden de creer que despojando á las ciudades de sus ornatos, las desgracias de los demas constituirán la gloria de su patria» (2).

Polibio alcanzó la ruina de Cartago; ¿cuál fué su opinion sobre la lucha de las dos repúblicas? Examina con cuidado la cuestion del derecho de gentes que da lugar á la segunda guerra púnica: ¿á quién debe imputarse la renovacion de las hostilidades? El historiador griego se decide en favor de Cartago. Es verdad, dice, que la ruina de Sagunto fué una violacion de los tratados; pero no fué aquella más que el pretexto de la guerra; su causa debe buscarse en la conducta de los Romanos que, abusando de su poder, se apoderaron de la Cerdeña en plena paz (3). La tercera guerra púnica es uno de los grandes crímenes de Roma. Se ve por los fragmentos de Polibio (4) que los sentimientos de los contemporáneos estaban divididos acerca de la política romana. El historiador no expresa abiertamente su opinion; quizás las relaciones de amistad que le ligaban al destructor de Cartago le impusieron miramientos; sin embargo, su pensamiento no puede ser

(1) PLUTARCH, *Marcell.*, 21.—LIV., XXV, 40.

(2) POLYB., IX, 10.

(3) IBID., III, 30, 3, 4.

(4) IBID., XXXVII, 1, c.

incierto. Es imposible que con las opiniones que él profesa en sus escritos haya aprobado las miserables perfidias de los Romanos. Sin duda deseáramos que su indignacion estallase sobre las humeantes ruinas de Cartago; pero no olvidemos que la destruccion de las ciudades vencidas era un derecho en la antigüedad. Los enemigos de Aténas deliberaron sobre la destruccion de una ciudad cuyo patriotismo habia salvado á la Grecia del yugo de los Bárbaros. ¡Y estos enemigos eran Griegos!

N.º 2.—*Diodoro de Sicilia.*

Diodoro ha escrito una historia universal como Polibio; pero está léjos de elevarse á la altura del gran historiador griego. Su Biblioteca no es más que una compilacion; en vano se buscarán en ella principios sobre las relaciones internacionales. Si le destinamos un lugar en nuestros *Estudios*, es porque se distingue de los autores que le han precedido por el sentimiento de la humanidad y la conviccion de una justicia divina que se ejerce sobre las naciones como sobre los individuos.

Se nota con sentimiento en Polibio la ausencia de una creencia religiosa: el historiador no considera la religion sino como una supersticion útil para gobernar al pueblo. Diodoro está inspirado por la fe en una Providencia que dirige los destinos humanos; dice que los historiadores son en cierta manera los ministros de la justicia divina (1), que castiga los crímenes de los particulares, de los pueblos y de los reyes. En una época en que el paganismo empezaba á decaer, el templo de Délfos fué profanado por los Focidios. Diodoro entra en minuciosos detalles para mostrar la venganza celeste que castiga á los autores del sacrilegio y sus cómplices (2). «No solamente son castigados por la vindicta de las leyes los delitos cometidos en la vida privada; los reyes mismos reciben de la divinidad el castigo de sus criminales tentativas. Porque de la misma manera que hay una legislacion para los ciudadanos de una república, hay para los gobernantes un Dios remunerador que dis-

(1) DIODOR., I, 1.

(2) IBID., XVI, 61-64.

tribuye á la virtud justas recompensas y que impone las penas merecidas á los hombres codiciosos y criminales» (1).

Estas ideas son las de Herodoto, pero son más notables en una edad de decadencia moral. Atestiguan que la inspiracion religiosa nunca abandona á los hombres, aún en aquellas tristes épocas en que parece que la fatalidad reina en el mundo. ¿Debe tambien atribuirse á esta causa la humanidad que distingue al escritor griego? Este sentimiento era casi extraño al mundo antiguo: el *¡ay de los vencidos!* resuena hasta en los escritos de los historiadores; no se cuidan de protestar contra la dura ley de la fuerza bruta. Tucídides cuenta con una horrible sangre fría las crueldades que los pueblos griegos ejercian respecto de sus enemigos griegos. Diodoro, al contrario, predica el perdon, la clemencia, como lo haria un discípulo de Jesucristo: «Con razon, dice, algunos sabios de la antigüedad han emitido esta bella máxima de que vale más perdonar que castigar. Estimamos á los que usan de su poder con benevolencia, miéntras que experimentamos aversion hácia aquellos que tratan á los vencidos sin piedad» (2).

La Sicilia, patria de Diodoro, ha sido el teatro de las guerras más atroces: los Griegos y los Cartagineses rivalizaron allá en crueldad. Pero la página más vergonzosa de la historia siciliana es la que recuerda la conducta de los Siracusanos despues de la funesta expedicion de Aténas. Es interesante comparar los sentimientos que estos horrores han inspirado á los dos historiadores griegos que los cuentan. Tucídides no encuentra una palabra de vituperio para condenar la barbarie de Siracusa. Diodoro pone en boca de un anciano, cuyos dos hijos habian perecido en la guerra, un largo discurso sobre la humanidad que los vencedores deben mostrar hácia los prisioneros. Citarémos algunos de sus pasajes.

«El pueblo de Aténas ha recibido desde luégo de los dioses, y despues de nosotros, víctimas de sus injusticias, el castigo de su extravagancia. Es justo que la Divinidad aflija con inesperadas calamidades á los que emprenden guerras inicuas y no saben hacer de su poder un uso humano. Instruidos por este ejemplo, ¡oh

(1) DIODOR., frag. XXVIII, 4 (*Exc. Vatic.*, p. 66), C. XX, 70.

(2) IBID., frag. XXX, 3 (*Excerpt. Vatic.*, p. 80).

Siracusanos! no olvideis en vuestros actos que sois hombres. ¿Tiene algo de glorioso el asesinar á un enemigo suplicante? El que castiga con ódio implacable á los desgraciados hace violencia y ultraje á la debilidad de la naturaleza humana. Se dirá quizás que los Atenenses nos han hecho mal, y que tenemos el poder y el derecho de vengarnos. ¿Pero no estais ya suficientemente vengados de Aténas? Estos prisioneros, ¿no han sido bastante castigados? Os han entregado sus personas y sus armas: no son ya enemigos, sino suplicantes. Si imponéis á los Atenenses que se han confiado á vosotros el último suplicio, ¿no mereceréis ser infamados con el nombre de implacables? Los que aspiran á la dominacion, ciudadanos de Siracusa, deben mostrarse más dignos por su humanidad que por sus armas» (1). Diodoro muestra en seguida, con el ejemplo de Ciro y de Gelon, que la clemencia es la que da la gloria y afirma los imperios. El orador invoca en su apoyo las más bellas máximas: «Es bello dar el ejemplo de la reconciliacion y expiar los males de la discordia con la piedad para el infortunio. Conservemos para nuestros amigos una amistad inmortal, y para nuestros enemigos un ódio percedero. Entre los Griegos no debe subsistir la enemistad hasta la victoria, y la venganza debe detenerse delante de los vencidos. ¿Por qué quisieron nuestros antepasados que los trofeos, monumentos de la victoria, fuesen, no de piedra, sino de madera recogida al acaso? ¿No fué á fin de que durasen poco y desapareciese con ellos el recuerdo de la enemistad?» (2).

Si se considera cuál era el derecho universalmente practicado en el mundo antiguo respecto de los vencidos, no pueden dejarse de admirar estas palabras de clemencia y de humanidad que parecen pertenecer á otra edad. Prueban que se realizaba en los espíritus una revolucion insensible al fin de la antigüedad. Si el progreso no se manifestaba en las acciones de la masa de los hombres, se revelaba en los sentimientos de las almas escogidas. El Cristianismo ha tenido precursores, no solamente en la doctrina, sino tambien en la caridad.

(1) DIODOR., XIII, 21.

(2) IBID., XIII, 23, 24.

CAPÍTULO IV.

FILOSOFÍA.

§ I. — Consideraciones generales.

Los Romanos carecian por completo del espíritu filosófico, que se desarrolló entre los griegos en fecunda variedad de sistemas (1). Como verdaderos utilitarios, no estimaban la ciencia sino en la medida de las ventajas que procura (2). Bajo este punto de vista, las especulaciones filosóficas les parecian el más inútil de los estudios. Caton, aquel representante de la antigua Roma, trataba á Sócrates de charlatan (3). A los ojos de los antiguos Romanos, la filosofía no era solamente inútil, era perjudicial; atribuyen la decadencia de los Griegos á su civilizacion (4). La filosofía nunca gozó de la aceptacion general. Hubo siempre Romanos, y de los más esclarecidos, que desaprobaban estos trabajos; otros no los toleraban sino como una especie de entretenimiento intelectual; aquellos mismos que no los proscribian, pensaban que no era digno de

(1) TENNEMANN, *Geschichte der Philosophie*, t. v, p. 104 y sig.(2) Hablando del estudio de las matemáticas, dice CICERON: «*Metiendi, ratiocinandi que utilitate hujus artis terminavimus modum*» (TUSC., I, 2). C., *De Offic.*, III, 22, «*Semper autem addebat (Curia): Vincat utilitas.*»(3) PLUTARCH., *Cat. Maj.*, c. 23.(4) De aquí estas palabras denigrantes: «*Ut quisque optime græce sciret, ita esse nequissimum*» (CICER., *De Orat.*, II, 66.—SALLUST., *Jug.*, 85.—PLUTARCH., *Cat. Maj.*, 23).